

## 5. El ogro Borjan

El reino del norte era rico gracias al comercio, pero también muy desigual en la distribución de sus riquezas. Las ciudades grandes y masificadas tenían bien distinguidos los barrios de los ricos burgueses y las calles de trabajadores y campesinos con pocos recursos y malas condiciones de vida. Según se rumoreaba, las ciudades de Cofrida eran lugar de reunión de ladrones, asesinos, contrabandistas y cazarrecompensas, maleantes de todas las clases dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero. Y los políticos de Cofrida no eran muy distintos de aquellos delincuentes, todos buscaban el poder y el beneficio propio.

El aprendiz de caballero Cristian y la maga del bosque Beatriz siguieron las instrucciones de los orcos Grun y fueron a la ciudad de Boyanta situada al oeste central, la más grande de Cofrida después de su capital. Los orcos les explicaron que Borjan, el ogro, trabajaba como mercenario a sueldo para los burgueses más corruptos de la ciudad, tenía un cliente habitual, pero en realidad tendrían más suerte buscándolo en las tabernas y otros garitos con alcohol de la ciudad.

Cristian y Beatriz llevaban puestas capas marrones para ocultar sus ropas y pasar desapercibidos. Caminaban por las bulliciosas calles de Boyanta cuando al doblar la esquina, un hombre de aspecto ruín les apuntó con un cuchillo.

- Dadme vuestro oro, o probaréis mi cuchillo - dijo el malhechor.

Con una patada y un puñetazo Cristian hizo que el matón cayese rápidamente al suelo desarmado, y se alejaron siguiendo su camino. Habían mirado ya en una taberna sin éxito e iban a entrar en la segunda. Dentro encontraron a un ogro verde de dos metros y medio que tenía piezas de una armadura roja en el hombro y estómago, además de brazaletes y botas de metal, y de su cinturón colgaba un hacha de largo filo. Se estaba peleando con un hombre robusto de pelo claro con barba que llevaba un chaleco de piel y una espada corta en el cinturón.

Los dos combatientes se daban puñetazos y volcaban mesas, asustando a la mayoría de los clientes, otros en cambio contemplaban el espectáculo animando a uno u otro. Había un anciano de larga barba vestido con ropas fucsia que estaba recogiendo apuestas.

- ¡Borjan o Pablo! - decía el anciano.

Así supieron Cristian y Beatriz que habían encontrado a su ogro. Cristian pensó en detener la pelea, pero Beatriz lo detuvo considerando que era mejor no intervenir. Esperaron hasta que Pablo cayó al suelo inconsciente y Borjan dio un grito triunfal. Algunos espectadores lo aclamaron y otros se lamentaron por el dinero perdido en sus apuestas. Una vez más calmados los ánimos, Cristian y Beatriz se acercaron a Borjan que estaba en la barra con una jarra de cerveza recién servida.

- Es usted Borjan, ¿no? - preguntó Cristian.

- ¿Y quién lo pregunta con tanta educación? - dijo Borjan con voz ronca y un aliento con fuerte olor a alcohol.
- Nos envían las Chamanes Lobo de Feralla - respondió Beatriz. - Tenemos que hablar.-
- ¿Feralla? Hace mucho que no me paso por allí ¿Y qué quieren las chamanes de mí? - dijo el ogro.
- El bosque está siendo azotado por una extraña enfermedad cuyo origen desconocemos, se extiende sin piedad y los orcos Grun creen que tal vez con tus contactos de Cofrida sepas algo que pueda ayudarnos - explicó la joven.
- Los hermanos Grun son buenos amigos míos. Pero, como ya he dicho, hace mucho que no voy a Feralla, tengo una nueva vida en Cofrida y los asuntos del bosque me dan igual - respondió Borjan y dio un buen trago de su jarra.
- ¿Pero no has dicho que los hermanos Grun son tus amigos?¿No te importa lo que les pase? - preguntó Cristian desaprobando la actitud despreocupada de Borjan.
- Se las arreglarán, seguro que las chamanes encuentran una solución - respondió él.
- La situación es crítica, ¿sabes o no sabes algo que nos pueda ayudar? - preguntó Beatriz seria.
- Tal vez, pero por qué iba a decíroslo, no os conozco, podríais no ser enviados de las chamanes - respondió el ogro.
- Yo soy uno de los magos del bosque - respondió Beatriz mostrando la palma de su mano donde había una marca oscura en forma de hoja. Cristian ya había visto esa marca en la mano de Beatriz antes, pero hasta entonces no supo su significado.
- Está bien - admitió Borjan y tras dar otro trago les contó lo que sabía - en Cofrida también están teniendo problemas con las plantas, los campesinos del oeste se quejan de malas cosechas. Nadie sabe la causa y a los jefes les da igual, solo quieren que paguen sus impuestos. Sin embargo, he oído rumores de que un contrabandista llamado Rafael ha encontrado una cura, pero no es barata. -
- ¡¿Una cura?! - se alegró Beatriz.
- ¿Y dónde podemos encontrar a ese Rafael? - preguntó Cristian.
- En una de las ciudades más al oeste de Cofrida, según los rumores está en Sinda, una ciudad estratégicamente ubicada para vender su cura - respondió Borjan.
- Muchas gracias, esperemos que sea verdad y no un timo que tenga una cura - dijo Beatriz.
- Rafael no tiene fama de timador - respondió Borjan antes de apurar su jarra.
- Entonces no hay tiempo que perder - dijo Beatriz ilusionada.
- Muchas gracias por la ayuda, Borjan - dijo Cristian.

Y tras despedirse rápidamente del ogro, emprendieron su viaje al oeste. Tardaron una semana en llegar hasta Sinda, y una vez allí no fue fácil seguir la pista de Rafael. Preguntaron a muchas personas y pocos les respondieron, y de los que lo hicieron muy pocos sabían algo sobre él. Finalmente lograron hablar con un hombre de estatura media con la frente despejada, pelo oscuro con patillas y un grueso bigote, que era socio de Rafael.

Tardaron varias horas en convencerle de que les presentara a Rafael, puesto que el contrabandista tenía muchos enemigos y su ubicación debía ser secreta. Además, el socio de

Rafael quiso cerciorarse de que tuvieran dinero con el que pagarle. No habían previsto traer grandes cantidades de dinero consigo y parte lo habían gastado por el camino, pero acordaron que podrían ofrecer una de las espadas de Cristian como pago si la cura era verdadera. Finalmente, el socio les organizó una reunión con Rafael a las afueras de la ciudad aquella noche.

Los dos jóvenes fueron a la hora prevista al lugar de la reunión, a las orillas de un río. La luna creciente estaba en lo alto, semi oculta por las nubes y la noche era tranquila. Mientras se aproximaban, escuchaban el suave murmullo del río. Entonces fue interrumpido por un grito.